

VI

La Trinidad y la ley moral de la vida

“El que tenga oídos, oiga...”
(Apoc., cap.2,v.7 y otros)

Para crear lo que sea, el hombre tiene que primero animarse o entusiasmarse con la idea (o amarla) y después aplicar toda su razón (como fuerza creativa) y toda su voluntad (como fuerza ejecutiva o acción). Así fueron creadas todas las obras científicas y de arte. Así se hace cualquier cosa, es decir, involucrando la razón, la voluntad y el espíritu del acuerdo entre ellas que es el amor. Son precisamente los tres principios que crearon el mundo y forman la Santa Trinidad. Los vemos desde los primeros versículos del Antiguo Testamento:

*“En el principio creó Dios el cielo y la tierra.
La tierra era caos y confusión y oscuridad
por encima del abismo, y un viento de Dios
aleteaba por encima de las aguas”.*

Y aquí, en esta oscuridad, surgen la idea de la luz y su contemplación mental:

“Dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz”.

Después interviene la razón:

“Vio Dios que la luz estaba bien”

Y al final entra en acción la voluntad:

“y apartó Dios la luz de la oscuridad...”

Del mismo modo Dios actuó durante todos los días de la creación. Como consecuencia, el caos fue ordenado y aparecieron la tierra y todo el universo con la armoniosa conjunción de sus cuerpos celestiales y terrestres, orgánicos y minerales, sometidos a tareas determinadas y al funcionamiento preciso a semejanza del mecanismo de un enorme reloj. Así como parte y reflejo del universo, apareció también el hombre.

Se puede decir que el Espíritu Divino creó el mundo por medio de la unión de la razón y la voluntad, lo cual significa, que el mismo Dios se representa por la dicha unión creativa. Por la misma causa, creando al hombre a Su imagen y semejanza, Dios desposó la razón y la voluntad del hombre con la misma unión eterna e indisoluble, donde la voluntad, que no es razón, surge de la razón como un ayudante, y como tal participa en todas las creaciones de la razón, porque la voluntad nace cuando la razón encuentra algo digno de creación y necesita una fuerza para realizarla. Entonces es la voluntad la que dice: “sí, hagámoslo”. A esta unión se refieren los versículos 26 y 27 del primer capítulo del Génesis, donde se dice:

*“Y dijo Dios: "Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra..".
y después: "Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó",
y luego se añade: "macho y hembra los creó".*

El plural del verbo "*hagamos*" se refiere al acuerdo entre la razón y voluntad de Dios, y el singular del verbo "*creó*" muestra la unidad en el espíritu de ambas, que se relacionan entre sí como "*macho y hembra*".

La misma unión se refleja en el relato especial sobre la creación de Eva.(Gén. cap.2,versos 18 y 21-24):

“Dijo luego Yahvé Dios: "No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada"... Entonces Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre,

que se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenoando el vacío con carne. De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: "Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada". Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne".

Así, como la voluntad surge de la razón, Eva nace de Adán y como la voluntad para la razón, también Eva para Adán es "una ayuda adecuada". Si la razón (el macho Adán) pone semillas, la voluntad (la hembra Eva) las hace crecer. Sin uno de ellos no es posible la creación. Tampoco es posible sin acuerdo armonioso entre ellos, porque si la razón exige una cosa, pero la voluntad hace la otra, entonces se destruye la vida y se crea de nuevo el caos. Eso pasa cuando la voluntad por alguna ceguera deja de conocerse a sí misma como tal y se confunde con la razón. Por ejemplo, si el hombre se confunde a sí mismo con la mujer e intenta actuar como ella, es una locura, porque el hombre no está destinado por la naturaleza para las tareas de la mujer. Y lo mismo al revés. Cada uno en su lugar, ya que la vida sugiere la unión de dos con tareas distintas, a los cuales no se puede confundir, como no se puede confundir la cabeza con el cuerpo, porque la razón se presenta también como la cabeza, y la voluntad, como el cuerpo, que realiza los mandatos de la cabeza. De aquí se ve que el hombre es la unión de la cabeza y del cuerpo. Por eso Eva es "hueso de los huesos de Adán y carne de su carne". Por la misma razón Jeremías dice: "La Mujer ronda al Varón" (Cap.31, verso 22), como la carne. Más simple, la mujer completa al varón, como el cuerpo completa a la cabeza para formar una persona. Por eso se dice que los dos sean como uno.

Lo mismo se puede decir sobre Dios y la humanidad. Dios para la humanidad es como Adán para Eva, o la cabeza para el cuerpo, y significa lo mismo que Cristo (que es el Novio) para la nueva Iglesia (que es la Novia). A eso refiere el apóstol Pablo en su carta a los Efesios (Cap.5, versos 21-33), donde dice:

"Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo: las mujeres a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, el salvador del cuerpo. Como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo. Maridos ,amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos .El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborrece jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una carne. Gran misterio es este..."

De aquí se ve el *gran misterio* de la unión de la razón y la voluntad, la unión que forma tanto el cuerpo humano, como su espíritu, y que a través de ciertas correspondencias representa el fundamento y el orden divino de la vida, ya que la **razón** se relaciona con la **voluntad**, como hemos visto igual que

el hombre	con la mujer ,
la cabeza	con el cuerpo
Cristo	con la Iglesia o
Dios	con la humanidad .

Así también como

el rey	con su pueblo ,
el padre	con su familia ,
Dios Padre	con el Hijo (Cristo) .

Es decir, uno manda y el otro realiza. Es un mecanismo simple que hay que respetar. Las consecuencias de tal respeto son: *amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí...*(Gal.,cap.V,vs.22-23)

Pero confusión siempre viene, cuando no se sabe quién manda y quién realiza, quién es la razón y quién es la voluntad.

La Caída

Como la humanidad surgió de Dios, no hay duda de que Dios es la razón, mientras que la humanidad representa la voluntad, y por lo tanto, Dios manda y la humanidad cumple. La confusión comenzó cuando la voluntad (que es Eva para Adán, igual que Adán, o la humanidad, para Dios) quiso intercambiar su lugar con la razón. He aquí cómo cuenta la Biblia el asunto (Gén. Cap.3, versos 1-6):

“La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahvé Dios había hecho. Y dijo a la mujer: “¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?” Respondió la mujer a la serpiente: “Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte.” Replicó la serpiente a la mujer: “De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.” Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió”.

Es muy significativo que la serpiente no se acercó a Adán, sino a Eva, que representaba la voluntad de Adán o su cuerpo. Eva, sin el consejo de Adán toma su decisión, surgida del deseo de ser como dioses, y es más, determina también a Adán a comer. Así Eva se convierte en la razón de Adán, o mejor dicho la voluntad de Adán se apodera de su razón. **O en otras palabras, el cuerpo manda.** Las consecuencias del mandamiento del cuerpo son conocidas: *“fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, ambición, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, comilonas y cosas semejantes”* (Gal. cap. V, vs.19-21) Todo esto surge de la soberbia del que es cuerpo, - la soberbia que origina las aspiraciones del poder sobre la razón.

Como he dicho, cuando el cuerpo manda, se efectúa un intercambio ilógico y mortal para el ser viviente entre su razón y su voluntad. Es como tener al diablo en su cuerpo, que comienza a “razonar” en su favor propio, justificando “científicamente” todos sus deseos destructivos como las borracheras y comilonas que arruinan la salud corporal, igual que el libertinaje que origina degeneración en los seres humanos. La apelación a la naturaleza, con la que actualmente se justifica el libertinaje, es decir el abuso del sexo en sus diversas formas: el erotismo, la homosexualidad, la bisexualidad, etcétera, etcétera, es un típico razonamiento corporal, que viene a ocupar el lugar de la verdadera razón, que ya no existe. Y esto significa muerte paulatina y regreso hacia el caos. Por la misma razón en el Antiguo Testamento se puede encontrar varias veces ideas semejantes a la que se encuentra en los Proverbios (Cap.30, versos 21-23):

*“Tres cosas hacen temblar la tierra
y cuatro no puede soportar:
esclavo que llega a rey,
tonto harto de comer,
mujer odiada que se casa
y esclava que hereda a su señora”.*

“El esclavo que llega a rey” es cuando el cuerpo se convierte en la razón, *“tonto harto de comer”* es el ignorante, que confunde la razón con su vientre. La *“mujer odiada que se casa”* es la legalización y difusión de la destrucción. Son las *tres cosas que hacen temblar la tierra.* Y *“esclava que hereda a su señora”* es el establecimiento definitivo del mandamiento del cuerpo, que la tierra o la vida *ya no puede soportar*, porque significa la vuelta total hacia caos o la muerte.

El mandamiento del cuerpo se debe a un egoísmo enorme que cultiva **amor a sí mismo, el cual es, en efecto, un amor erróneo de un ser descabezado hacia su vientre, ya que ignora su verdadero origen.** Este amor se contrapone al mandamiento de Cristo:

*“Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón,
con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el*

mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas” (Mateo, 22, 37-40).

Mientras tanto ese mandamiento de Cristo es la verdadera ley de la vida. Se trata de formar espiritualmente en sí mismo una persona en la que mande la cabeza y no el cuerpo, y de formar consigo mismo, con el prójimo, con Dios, una persona con la cabeza y el cuerpo unidos en el amor mutuo sin confusión de papeles. Aquí Dios es la razón, la cabeza, la ley de la vida, y nosotros con el prójimo es la humanidad, o la voluntad, o el cuerpo. En otras palabras, toda la vida sugiere que la razón y la voluntad de los hombres se hallen en una armonía profunda con el Creador y con toda la creación. El hombre verdadero es el que cumple esta ley. Pero el que no la cumple no forma espiritualmente una persona. Nos asustaría si pudiéramos ver su imagen espiritual descabezada y destruida, que es su imagen real. ¿Pero quién es el hombre verdadero? Es Cristo. Por eso dice el apóstol (Gálatas, 4,19):

“Hijos míos por quienes por segunda vez padezco dolores de parto hasta formar a Cristo en vosotros”,

es decir, hasta formar una verdadera persona en nosotros. De aquí se ve que amar a Dios es amar la ley de la vida establecida por Él y amar a la persona creada. Sin este amor que une la cabeza con el cuerpo, no existe la persona, no hay vida, porque no se puede considerar como persona a un ser sin cabeza o sin cuerpo. Todos nosotros, por lo menos visualmente, tenemos una cabeza y un cuerpo, pero para formar en nosotros una verdadera persona tenemos que comprender que cada uno a su vez es la cabeza para alguien y el cuerpo para el otro. Igual que Adán. Era cabeza para Eva, pero cuerpo para Dios. Cuando sin darnos cuenta seguimos el mandato de nuestro cuerpo y comemos mucho o nos entregamos a los placeres corporales, el cuerpo se convierte en lo principal y echa sombra sobre la cabeza, que es ya un apéndice inútil. Así colaboramos con el caos, rompiendo la ley de la vida o de la Santísima Trinidad, por la cual se forma la persona, y que consiste en la unión o en el amor mutuo de dos. La Santísima Trinidad es Dios y por lo tanto es la imagen del hombre creado por Él y tiene que ser imagen nuestra para que seamos *“perfectos como nuestro Padre es perfecto”* (Mateo, 5, 48).

El cuerpo Divino

Así que creando el mundo, Dios en realidad ha creado su propio cuerpo, y los que tienen la vida a causa de su obediencia a Dios o a causa de su amor hacia Él son *“miembros de su cuerpo”* (Ef.5,30), y por eso gozarán su paz; mientras que los que no ven la importancia vital de los mandamientos de Dios a causa de su soberbia, están destruyendo su cuerpo místico o toda la magnitud de la Creación y por eso serán destruidos. Por la misma razón hablando a Esdras sobre los últimos tiempos y refiriéndose a Su propia salud, Él dice: *“y todo el que sobreviviere a todas estas cosas que te predije, se salvará, y verá **mi salud** y el fin de vuestro siglo”*.(Esdras, libro IV, cap.6, v. 25) o *“verán **mi salud** en mi tierra y en mis dominios, porque Yo me santifiqué desde la eternidad”* (Ibídem, cap.9, v. 8)

Eso significa que Dios es el hombre perfecto, y el hombre perfecto es como Dios, a cuya imagen y semejanza fue creado. Por eso la condición de la vida es la formación del hombre a través de la Santísima Trinidad o el cumplimiento del orden establecido. La desobediencia a este orden es una locura. Ciertamente. Para mantener el orden, siendo parte de él por nuestra naturaleza, tenemos que contribuir al funcionamiento exitoso de todos sus integrantes, dando a ellos la misma o hasta más importancia que a nosotros mismos, porque todo lo creado está ligado entre sí y se mantiene por un hilo de dependencia mutua, y cuando en algún lugar, aunque parezca muy lejano de nosotros, el hilo se rompe, entonces corre peligro la misma vida nuestra, porque el universo es igual que un edificio: cuando de una de sus paredes cae alguna piedra, aunque el daño

parezca insignificante, la estabilidad de todo el edificio se sacude. De ahí que el mantenimiento de la vida supone sumisión al orden establecido.

Consecuentemente la desobediencia a este orden significa la ausencia de la vida o la muerte, porque manifiesta el desamor hacia Dios, Cuyo “cuerpo” místico formamos, y hacia al prójimo, que igual que nosotros es uno de los miembros del “cuerpo” Divino. Eso pasa sólo cuando la voluntad del hombre se apodera de la razón, es decir, cuando un elemento tras haber perdido de vista todo el edificio, se considera a sí mismo como una unidad independiente y auto preferible entre todos o, con otras palabras, cuando se levanta la soberbia, enturbiando la razón. Así se manifiesta la locura, pues es como si algún miembro de nuestro cuerpo, por ejemplo, la mano, compitiera con la cabeza, negándose a cumplir sus órdenes, o despreciando, digamos, la nariz, la golpeará. Claro que nadie lo hace con su propio cuerpo, porque ve su unidad y cuida todos sus miembros. La cuestión es que las personas no ven la integridad del cuerpo grande que forman con toda la humanidad y Dios, y así dicha integridad resulta rota y sigue rompiéndose más y más. Es evidente que no puede la mano competir con la nariz, porque las funciones de ambas son diferentes y una no puede cumplir la de la otra. Pero la mano debe defender a la nariz, y la nariz es responsable de la vida y del funcionamiento de la mano. Así también las funciones nuestras son distintas, nos falta conocerlas y aceptarlas. A menudo las funciones que cumplimos, no son aquellas para las que tenemos vocación y amor sincero. Sólo nuestro corazón lo sabe, pero no siempre lo escuchamos.

De lo dicho se ve que obedecer al orden no significa aceptar el rol de un tornillo insignificante en el mecanismo del universo, sino descubrir la importancia incomparable de cada una de las personas (**consecuentemente también de los pueblos**) y cumplir las funciones predestinadas a ella en el conjunto de la creación. Justamente de eso habla el apóstol Pablo en su Epístola a los Romanos:

“No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual. Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo los unos para los otros, miembros. Pero teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámoslo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio; la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad” (cap.12, v.3-8).

Así que podemos concluir que amar a Dios, como nos dejó en herencia Cristo, es amar el orden de la vida, establecido por Él. Amar al prójimo es realizar su amor a Dios. Aquí está la raíz de nuestros conocimientos acerca del bien y del mal y de las virtudes, indicadas en las Sagradas Escrituras y establecidas por la Iglesia.